

MANUEL CHAVES NOGALES

Manuel Chaves Nogales (1897-1944) nació en Sevilla. Se inició muy joven en el oficio de periodista, primero en su ciudad natal y más tarde en Madrid. Entre 1927 y 1937, Chaves Nogales alcanzó su cénit profesional escribiendo reportajes para los principales periódicos de la época, y ejerciendo, desde 1931, como director de *Ahora*, diario afín a Manuel Azaña de quien Chaves era reconocido partidario.

Al estallar la guerra civil se pone al servicio de la República y sigue trabajando como periodista hasta que el gobierno abandona definitivamente Madrid, momento en el que decide exilarse en Francia. La llegada de los nazis, que describiría magistralmente en el ensayo *La agonía de Francia*, le obligó a huir a Londres, donde falleció a los cuarenta y siete años.

Además de brillante periodista es autor de una espléndida obra literaria entre la que destacan sus libros sobre Rusia: los reportajes *La vuelta a Europa en avión. Un pequeño burgués en la Rusia roja* (1929), *Lo que ha quedado del imperio de los zares* (1931) y *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (1934); la biografía *Juan Belmonte, matador de toros, su vida y sus hazañas* (1934), su obra más famosa, considerada una de las mejores biografías jamás escritas en castellano; y *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (1937), impresionante testimonio de la guerra civil donde denuncia las atrocidades cometidas por ambos bandos con una lucidez sorprendentemente adelantada a su tiempo.

El maestro Juan Martínez que estaba allí

A*

Manuel Chaves Nogales

El maestro Juan Martínez que estaba allí

Prólogo de Andrés Trapiello

Primera edición en Libros del Asteroide, 2007

Décima edición, 2013

Primera edición en esta colección, 2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Herederos de Manuel Chaves Nogales.

All rights reserved.

© del prólogo, Andrés Trapiello, 2007

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de portada: Hiroyuki Matsumoto/Getty Images.

Edición basada en el texto de la *Obra narrativa completa* de Manuel Chaves Nogales, editada por María Isabel Cintas y publicada por la Diputación de Sevilla.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-38-2

Depósito legal: B. 13.029-2015

Impreso por Liberdúplex S.L.U.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección Décimo Aniversario: Jordi Duró

Índice

PRÓLOGO DE ANDRÉS TRAPIELLO	XIII
1 PARÍS, 1914 Martínez y los turcos. Antes de Mustafá Kemal. Galantería turca. El cura del cornetín.	3
2 TÚ ERES UN ESPÍA Guerra y dancings. Profilaxis germánica. «Tú eres un espía».	11
3 EL ESPECTRO DE LA GUERRA NOS PERSIGUE La ciudad de los muertos. Las hazañas de los submarinos. El hombre fatídico. Ganado al matadero. La presa se escapa. ¡Hay pan blanco! ¡Hay pan blanco! El mundo se ha vuelto loco. Fuego del cielo.	20
4 EL DESVALIJADOR DE CADÁVERES ¡Ea, ya estamos en Rusia! Ahora viviremos tranquilos.	31

- El desvalijador de cadáveres.
- 5 EL GABINETE NÚMERO DOS 40
 ¿Es indecente el pantalón flamenco?
 ¡Viva el zar!
 El gabinete número dos.
 Por los cabarets de Moscú.
 Empieza a faltar el pan.
 ¡Viva la revolución!
- 6 ASÍ FUE LA REVOLUCIÓN DE MARZO 49
 Comienzan las delaciones.
 Cómo se acaba en una semana con cuarenta
 mil policías.
 Los españoles se van.
 Así es la revolución.
 La conquista del tren.
- 7 MIENTRAS EL SEGADOR AFILA SU HOZ 61
 Presentimientos.
 El paraíso de los burgueses.
 En el corazón de la Rusia Blanca.
- 8 LO QUE HICE YO EN MOSCÚ DURANTE LOS 70
 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO
 Por las calles de Moscú, bajo el fuego de
 los bolcheviques.
 Una partida empeñada.
- 9 ¡HAN TRIUNFADO LOS BOLCHEVIQUES! 80
 Los vencedores.
 Una nueva vida ha comenzado.
- 10 LA CAZA DEL HOMBRE EN LAS CALLES 89
 DE MOSCÚ
 Pena de muerte al hambriento.
 El azote de Moscú: los marineros.

	Por meterse a redentor.	
11	EL MEJOR BOLCHEVIQUE QUE HABÍA EN RUSIA Al servicio de la revolución. El comunista más honrado. «Aunque me fusilen». Cómo se acaba con los anarquistas. El hombre misterioso de Minsk.	100
12	LOS MILITARES SE DIVIERTEN Cordón sanitario. Los judíos de Minsk. Mi amigo el príncipe. Los militares se divierten. Otra vez en Rusia.	110
13	LA DERROTA DE LOS PRÍNCIPES Los príncipes se van. Los bolcheviques trabajan. Un flamenco, ¿es un proletario?	121
14	AL SERVICIO DE LA REVOLUCIÓN EN EL EJÉRCITO ROJO El circo bolchevique. El clown Bim-Bom. La derrota de los bolcheviques.	133
15	LA GLORIA DEL ATAMÁN PETLIURA Un guardia rojo, convertido en lacayo de la burguesía. «Sírvenme té y dile a tu mujer que venga». Los bolcheviques vuelven.	145
16	CÓMO SE VIVE EN PLENA GUERRA CIVIL En plena barbarie. Un río de oro y brillantes. «¡Ay, madre!, ¡ay, madre!».	155

- 17 UN HOMBRE DE FRAC ENTRE LOS
BOLCHEVIQUES 166
¡Fuego! ¡Fuego!
Pabirchenko, banquero y payaso.
Martínez, contorsionista, al circo.
Un hombre con un frac.
Aprovechamiento residual del artista.
- 18 ASÍ MATABA LA CHECA 177
¿Por qué no te haces de la Checa?
Carne para la Checa.
Así mataba la Checa.
- 19 EL JAPONÉS MASAKITA, MALABARISTA
Y VERDUGO 187
Cuando había que quitar los treses.
El látigo.
La infamia.
Aquella mujer que lloraba.
«Una gracia especial, mi coronel».
Los pantalones de Matsaura.
- 20 CUANDO ERA MÁS DIFÍCIL COMER
QUE HACERSE MILLONARIO 198
«Tres horas me bastan para no
dejar a un judío con vida».
Cuatro cosacos en la avanzadilla.
En el umbral del infierno.
- 21 ASESINOS ROJOS Y ASESINOS BLANCOS 209
La gran bestia del Apocalipsis trabaja.
La Rosa de la Checa.
Trágico balance.
El hombre es un lobo para el hombre.
- 22 POR QUÉ TRIUNFARON LOS BOLCHEVIQUES 220
Hambre y bolchevismo.

- Terreno conquistado.
«Sería mejor que fuese tu hermana».
- 23 JACOBLEVA, EL QUE FUSILÓ A SU PADRE 232
Con flores a los bolcheviques.
Cuando yo era saboteador y ladrón.
Trotsky habla al pueblo.
El adiós a Kiev.
- 24 LOS ESPAÑOLES EN LA REVOLUCIÓN 243
BOLCHEVIQUE
El hombre que iba a traer el comunismo
a España.
Casanelas, policía.
- 25 «¡Tío! ¡Tío!» 253
Arte proletario.
Capitán de industria.
La crueldad inútil.
¡Hambre!
- 26 LA FUGA 264
Economía burguesa en un régimen
comunista.
Solidaridad humana.
El «asunto número 148».
El adiós al amigo.
El alijo.
- 27 RESURRECCIÓN 277
Aprendiendo a comer.
Lo que no cuenta Martínez.

Prólogo

Preludios civiles de Chaves Nogales

Sea *El maestro Juan Martínez* una novela, sea un reportaje o una crónica novelada, lo que lo define como libro es algo que la crítica literaria denomina con la palabra *indecidibilidad*, es decir aquello sobre lo que resulta imposible decidir si se trata de una cosa o de otra, si estamos ante una novela o ante un relato de hechos verídicos. En este caso el lector no sabrá nunca si quien estuvo «allí» realmente fue ese Juan Martínez, flamenco de Burgos, o el propio novelista, o si por el contrario todo está urdido a partir de los testimonios escritos y orales de otras gentes, ajenas a ambos. *Allí* es la ciudad de Kiev durante la guerra civil que enfrentó a los soldados zaristas y a los bolcheviques después de la revolución soviética.

Chaves Nogales es un escritor relativamente nuevo en nuestra literatura. En cierto modo, aunque de él se conociera en España su biografía sobre Juan Belmonte, era uno más de los escritores que quedaron sepultados por la guerra y el exilio, otro de los que perdieron la guerra y la literatura, a diferencia de la mayoría de sus colegas, que o bien ganaron la guerra o bien ganaron los manuales de literatura.

Por ello cuando se dio a conocer en 1994 desde las páginas de *Las armas y las letras* su libro *A sangre y fuego* (1937),

muchos no alcanzaban a comprender cómo un prólogo como el que figura en él había podido pasar inadvertido a tantos españoles que llevaban buscando inútilmente alguna explicación racional y más o menos satisfactoria a todo aquello. Ese prólogo es, en mi opinión, de lo más importante que se escribió de la guerra durante la guerra. Después de la guerra muchos otros ensayaron la finta y los análisis. El mérito de Chaves fue decir lo que dijo cuando lo dijo. Muchos al encontrarse con las palabras de Chaves advirtieron de inmediato no sólo su valentía sino su clarividencia y su oportunidad. El transcurso posterior de los hechos no hizo sino darle la razón. Su autor que se declaraba en ellas un demócrata y un republicano convencido, permaneció en Madrid, al lado de la República, hasta el momento en que vio que ni las autoridades republicanas permanecían en sus puestos, evacuando Madrid y dejando atrás a toda la población, ni en España se luchaba por la democracia, la primera víctima de aquella guerra a manos de ideologías comunistas y fascistas. En ese punto, 1937, se exilió, sin haber renunciado nunca ni a sus convicciones democráticas ni a sus lealtades republicanas, y encontró la muerte después de haberse enrolado, como periodista, en las filas de los ejércitos aliados que luchaban en Europa contra la Alemania nazi.

Muchos lectores asombrados hubieron de llegar a la conclusión, no menos desengañada al comprobar el olvido en el que un libro tan crucial como ese había permanecido durante sesenta años, un libro que trataba de un asunto de tanta importancia, de que justamente había sido la clarividencia de Chaves la que le había condenado al ostracismo. De nuevo los más beligerantes de uno y otro bando se ponían de acuerdo en quitar de en medio a los pocos que les acusaban de haber cometido crímenes atroces. Y ellos se lo

pagaron sin escatimar adjetivos. «Ambicioso, vacío, extravagante, la hora de Chaves Nogales pasó. Ni fue, ni ha sido ni volverá a ser nada», dijo Francisco Casares en 1938 en su libro *Azaña y ellos: cincuenta semblanzas rojas*. El silencio de quienes, desde el otro bando, deberían haberlo defendido de ataques tan viles como ese, confirmaba tal condena.

Pero el tiempo, menos justiciero de lo que se cree o, en todo caso, mucho más perezoso que la propia justicia terrenal, vino al cabo de sesenta años a poner las cosas en su sitio, y de ese modo, con la naturalidad de su juicio, desvaneció, como de un manotazo, todas las versiones más o menos interesadas de lo que entonces sucediera en España en aquella guerra. Y así, si durante años las opiniones, libros, proclamas y retóricas guerreras de los Giménez Caballero, Alberti, Bergamín o Sánchez Mazas se encontraban en primer plano siempre, han empezado a leerse ya como lo que son, propaganda más o menos burda de sus respectivas facciones, en tanto encontramos en las crónicas y opiniones de Chaves Nogales la desinteresada e inteligente reflexión de quien supo que el mayor pecado que un hombre podía cometer en aquellos años era mantenerse libre.

Hoy entre los pocos libros que pueden leerse de la guerra civil española, está desde luego ese *A sangre y fuego*, mucho más que otros que fueron durante tanto tiempo los oráculos de sus respectivos cuarteles generales.

Bien, podríamos considerar *El maestro Juan Martínez* como un prelude de *A sangre y fuego*, cuando ni siquiera en el horizonte español podía vislumbrarse la guerra civil. Ya que trata este libro que tienes en la manos de otra guerra civil, y es natural que pasara igualmente desapercibido, si acaso no se le condenó a uno de esos silencios despreciables sólo porque llama nuestra atención sobre unos crímenes atroces, pero muy prestigiados intelectualmente.

En un momento en que en Europa se vivía con entusiasmo el triunfo de la revolución bolchevique, con la simpatía de la mayor parte de los intelectuales europeos, que veían en el experimento soviético algo prometedor, la crónica de Chaves debió de parecer una impertinencia. Chaves había viajado, cuando se publicó, en 1934, por medio mundo.

Durante años se creyó que la pureza de la revolución había sido traicionada por quienes como Stalin, hambrientos de sangre y sedientos de venganza, sumieron al país en una inmensa ciénaga de terror y de crímenes. Los años primeros de la revolución, capitaneada por Lenin, Trotsky *et alii* se creyó que fueron los de las esencias del comunismo, en los que por primera vez en la historia los proletarios y campesinos miserables podían atar los perros con longanizas.

Lo que Chaves nos dice es cosa muy distinta: todos fueron unos asesinos, empezando por Lenin. Las ideas, más o menos hermoeadas por la propaganda occidental, no impidieron que se le mancharan las manos con los crímenes que cometió, como manchadas las tenía el zar a quien el mismo Lenin ordenó asesinar, con toda su familia, incluidos los niños.

«La guerra civil daba un mismo tono a los dos ejércitos en lucha, y al final unos y otros eran igualmente ladrones y asesinos; los rojos asesinaban y robaban a los burgueses, y los blancos asesinaban a los obreros y robaban a los judíos.»

¿Habla de Rusia, de España? Acaso fueron estas las palabras que oyó Chaves a Martínez, personaje real a quien conoció en París, años después de los hechos recordados por éste y en el curso de un reportaje que hacía el periodista español sobre los refugiados rusos en la ciudad francesa, tal vez fueron esas palabras, digo, las que le dieron la idea de escribir un libro.

Chaves no quiso hacer una novela. El testimonio de Martínez, que seguía trabajando en París en lo suyo, el cabaret, le impresionó. Es un relato lineal, que tras una breve obertura, pasa a labios de Martínez. Podríamos considerar este libro sus memorias rusas. No hay en ellas recuerdos íntimos, ni estudios psicológicos, casi todo discurre por el nudo de los acontecimientos. Su compañera, que comparte con él todas las penalidades, apenas merece una descripción; es un nombre sin habla. Martínez quiere contarnos lo que ha visto, más que lo que ha sentido. Esto en él es elemental. Martínez es elemental. Se gana la vida bailando, y bailará siempre que alguien le pague por hacerlo, sin importarle más. Considera que es una persona sin otra fortuna que la salud y la vida, y quiere conservar ambas. Ese es todo su horizonte. *Carpe diem*. La vida como bien supremo. He ahí toda su filosofía: sobrevivir. Para ello no dudará en brujulear cuanto pueda, engañando, como un pícaro en lo menudo. Lo suyo no son los grandes crímenes, sino las pequeñas trapi-sondas. Como el pícaro, casi siempre se equivoca en las decisiones que ha de tomar.

Chaves le da a Martínez una literatura sin énfasis, la suya propia de periodista obligado a llegar a miles de lectores de toda clase. Chaves no es un artista de la palabra como otros periodistas, Ruano por ejemplo. Tampoco es un poeta, como Baroja. Chaves, que admira a Baroja, no es un sentimental como suele ser éste, más o menos despegado de todo y cínico, pero sentimental. Chaves es un hombre que no explota recursos retóricos propios de los demagogos, de modo que a veces nos resultará áspero y poco efusivo.

Las cosas que Martínez cuenta, porque las vio, fueron puestas en entredicho por muchos miles de hombres, que se negaban a admitir el fracaso de aquella revolución. El mérito de Chaves está no sólo en descubrir a Martínez en medio

de las procelas parisinas, sino en creer lo que dice, y darle la voz al sentido común y, sobre todo, a las evidencias, por ásperas e inefusivas que resulten.

He aquí toda la fuerza de este libro que se deja leer como un reportaje admirable. Y aunque dijéramos que se lee como una novela, conviene recordar que es sobre todo como una novela como no deberíamos leerlo. Para los amantes de los detalles exactos, le diremos que está lleno de ellos, preciosos casi siempre, lo mismo si se trata de *pendentifs* de brillantes como de panecillos negros. Al fin y al cabo Martínez no siendo ruso lo mira todo con enorme distancia. No le va en ello la vida, como seguramente le fuese años después, al estallar la guerra civil española. La distancia emocional de Martínez le convenía mucho al propio Chaves, que sabía que sólo con distancia puede uno ver la realidad sin empañamientos sentimentales o afectivos.

El resultado fue este libro original (no deja de ser curioso que revolución tan trascendente como la soviética la relate un especialista en castañuelas), un viaje que no olvida nunca la receta suprema de la literatura, a saber, que sólo el humor puede aligerar el amargo paso de la Historia.

ANDRÉS TRAPIELLO

El maestro Juan Martínez que estaba allí

1. París, 1914

A la sombra espectral del Moulin de la Galette, en el calvario pedregoso de la rue Lepic, deslizándose junto a los jardincillos empolvados de los viejos estudios de pintor, que huelen a permanganato y aguarrás; cobijándose en las grietas de la desvencijada plaza de Tertre, en aquel paisaje lunar que es hoy el corazón de Montmartre, va haciéndose viejo mi amigo Martínez.

Martínez es flamenco, de Burgos, bailarín. Tiene cuarenta y tres años, una nariz desvergonzadamente judía, unos ojos grandes y negros de jaca jerezana, una frente atormentada de flamenco, un pelo requetepeinado de madera charolada, unos huesos que encajan mal, porque, indudablemente, son de muy distintas procedencias —arios, semitas, mongoles—, y un pellejo duro y curtido como el cordobán.

Hace veinte años, cuando Martínez vino a Montmartre, era un mocito chulapo de pañuelo de seda al cuello, hongo y pantalón abotinado. Bailarín, hijo de bailarín, granujilla madrileño y castizo, con arrequives de pillo de playa andaluza, pero muy mirado, de una peculiar hombría de bien y una moral casuística complicadísima, había robado a *Sole* —una moza de pueblo, alegre y bonita como una onza de oro— y se había ido con ella a París de Francia.

Le enseñó a bailar aquel flamenco litúrgico con bata de cola y enagua almidonada, heredado del Salón Burrero y el café Silverio. Ella bailaba mejor, sin embargo, una jota trepidante de aldea celtíbera, cuyo *sprint* final le arrebolaba las mejillas tersas y le hacía palpar — como buche de paloma en mano — los pechos, muy levantados y oprimidos por el alto corsé de ballenas.

Bajo la rúbrica imperial de «Los Martínez» se ganaban la vida bailando por los cabarets de Montmartre. Habían tenido un gran éxito en el Pigalle, en el Moulin Rouge y en un teatrillo de variedades que había entonces debajo de la torre Eiffel. Él era todo un hombrecito, y navegaba bien por aquellas sirtes del Montmartre cabaretero del año 1914, entre *maquereaux*, apaches, *cabotinières*, agentes del *chemin* de Buenos Aires, pederastas, traficantes de *neige*, policías que les chantajeaban y honestos y sencillos ladrones. En este mundillo de la delincuencia parisiense, los españoles encuentran siempre la leal protección de ilustres compatriotas que gozan de un bien ganado prestigio.

Ella era muy simple, muy alegre y muy buena. Se había ido a correrla con aquel chiquillo simpático abandonando de súbito el cántaro y el refajo. Él, muy pintoresco, con una gruesa cadena de oro en el chaleco y unos luisen en el bolsillo, quería ponerla a la moda, y la llevaba a las tiendas de la rue de la Paix, donde entonces vestían a las mujeres con unas *robes* largas, de tules incitantes, con aberturas y escotes muy aquilatados y fimbrias de piel o pluma. Era la época de los sombreros monumentales. *Sole*, la pobre, no sabía ponerse aquellos sombreros. Iba la peinadora y se los colocaba, según arte, pero apenas salía a la calle un movimiento brusco de la cabeza o un tropezón al subir al *fiacre* — aún había *fiacres* en París — hacía que el sombrero se ladease, y allí iba *Sole* arrastrando aquel promontorio desgraciado

con su carita de Pascuas, que París entero se volvía a mirar.

Aprendieron a bailar el tango argentino, y como se querían mucho llegaron a bailarlo con un acoplamiento perfecto. Hubo entonces en París un concurso internacional de danza, y fueron proclamados los mejores bailarines de tango argentino del mundo. Les dieron una medalla conmemorativa, que Sole guarda todavía como oro en paño.

Pero aunque se europeizaban tanto y tan bien como si hubiesen sido pensionados de la Institución Libre de Enseñanza y ya ella, que no sabía leer ni escribir, podía ir sin desdoro a comer ostras a casa de Pruny, alternando dignamente con viejas damas *royalistas*, grandes duquesas rusas y cocotas de lujo, la razón sería del triunfo continuaba siendo el flamenco litúrgico y severo de él. Un día les buscó un empresario de Constantinopla. Quería contratar a Martínez para que fuese a Turquía a bailar flamenco, solo, sin música y encima de una mesa. Nada de mujer ni de frivolidades. Turquía era un pueblo serio. Pagaba una cantidad exorbitante. Juan y Sole se hicieron explicar qué era aquello de Constantinopla, preguntaron hacia dónde caía Turquía, averiguaron el valor de las piastras y se embarcaron en Marsella con rumbo a Oriente. Era el 26 de junio de 1914.

Cuarenta días antes de que estallase la Gran Guerra.

Martínez y los turcos

Y dice Martínez, ya por su cuenta:

—Fuimos a caer en un cabaret del Cassim, una especie de Bois de Boulogne turco, donde había teatros, cabarets, parque de atracciones y *dancings*. Allí se reunían gentes de todas las castas: turcos ricos que se quitaban las babuchas, se sentaban sobre las piernas, encendían el narguile y se

pasaban las horas muertas inmóviles y con los ojos entornados; griegos escandalosos, derrochadores y flamencos, que por pura flamenquería rompían el vaso entre los dedos después de beber o le daban una dentellada en el borde, aunque los trozos de cristal les hiciesen sangrar los labios; hebreos españoles, serios y adinerados, que en medio de la juerga hacían una pausa cuando les llegaba la hora de las oraciones, sacaban un breviario y se ponían a rezar devotamente, ajenos a cuanto les rodeaba; industriales y burócratas franceses, muy gruñones y muy cicateros, pero buenas personas en el fondo; italianos listos y granujas, rusos borrachos...

» Yo tuve un gran éxito entre los musulmanes bailando el garrotín, la farruca y un baile por el estilo que se llamaba Moras, moritas, moras.

» ¡Buen país Turquía y buenos hombres los turcos! Los extranjeros hacían pocas migas con ellos. Les molestaban, les irritaban siempre. Todo estaba dividido: una parte, para los turcos; otra, para los extranjeros. Nosotros, sin embargo, nos llevábamos bien con ellos. Ya ve usted. Yo soy de Burgos. Pues, a pesar de eso, estaba entre los musulmanes de Estambul como en mi casa. Me hacía cargo de sus costumbres, respetaba sus caprichos y ellos admiraban mi baile, me aplaudían, me llevaban a sus casas y me querían. Me entendía con los turcos como jamás pudo entenderse con ellos ningún francés ni alemán. Yo digo que esto debe de ser cosa del carácter de nosotros, los españoles. El turco es bueno y suave. Si no se le hostiga. Muy religioso. Se entra en la tienda de un turco cuando está haciendo sus oraciones, arrodillado en su tapiz, y no hay manera de que despache, ni siquiera de que le mire a uno. Entonces había en Constantinopla grandes disputas entre ellos. Se habían dividido en “Viejos turcos” y “Jóvenes turcos”, pero éstas eran

ya cuestiones políticas, y yo nunca me he querido meter en política.»

(Esto último me lo dice Martínez con un gran ademán desdenoso.)

Antes de Mustafá Kemal

—La vida era barata: dos gallinas, cinco piastras; el ciento de huevos, cuatro piastras. Mucho oro, mucho champaña. Todo dividido. Pera y Galata, para los extranjeros. Estambul, sólo para los turcos y para los hebreos españoles. Había muchísimos. Hablaban un español muy raro. En el bazar de Estambul, los judíos españoles tenían riquezas enormes en pieles y brillantes. Estaban bien considerados. Los franceses eran, sin embargo, los más importantes. En el barrio europeo todos los letreros de los establecimientos estaban en francés. En Pera había más de diez mil griegos, todos ellos dueños de restaurantes y de cosas por el estilo. Allí hacían su vida los extranjeros. Había cabarets magníficos y mujeres de gran postín. El turco es espléndido, y las mujeres guapas derrochaban sin tasa. Había una, Ana Mackenzie, a la que llamaban *La reina del champagne*, que ningún día dejaba de destapar, por lo menos, veinte botellas de champaña, que pagaban sus adoradores. Era bailarina, y había arruinado ya a varios altos funcionarios turcos. Tenía pasaporte americano, y gozaba de tales influencias que hacía expulsar de Turquía a quien le daba la gana. Se hizo amiga del jefe superior de policía, un bárbaro de origen armenio, a quien hizo mucho daño. Por culpa de Ana lo degradaron y lo mandaron a un destino de castigo. Cuando yo le conocí andaba por los cabarets emborrachándose por Ana. Después me he enterado de que le cortaron la cabeza cuando vino Mustafá Kemal.

Galantería turca

—El turco —observa Martínez— no se preocupaba poco ni mucho de las mujeres. Las tomaba cuando las necesitaba, como si cogiera el narguile, y las dejaba cuando se aburría de ellas. Eso sí: las dejaba cuidadosamente guardadas. Le echaba usted un piropo a una mujer turca —entonces yo no había perdido todavía la costumbre de echar piropos—, y, aunque ella no lo entendiese, bastaba para que diese usted con sus huesos en la cárcel. Las mujeres iban por la calle vestidas de negro. En los tranvías había departamentos reservados para ellas. Cuando iban a pie, el marido caminaba siempre dos o tres metros detrás, como si fuese solo. Llevaban el velo levantado, y cuando iban a cruzarse con algún extranjero se lo dejaban caer sobre la cara. Las jóvenes tardaban más o menos en dejárselo caer, según fuesen más o menos guapas. Las viejas y las feas iban tapadas siempre. Les estaba prohibido vestirse a la europea. Solamente se atrevían a hacerlo algunas damas de la aristocracia, pero sin salir a la calle. Ni pobres ni ricas se asomaban a las ventanas ni salían a las puertas de sus casas jamás. Las viejas fumaban como chimeneas. Yo entraba frecuentemente en muchas casas de turcos ricos, porque iba a dar lecciones de baile flamenco a sus mujeres e hijas. Tenía que dar las lecciones en presencia siempre de dos formidables eunucos, que contemplaban cruzados de brazos y bostezando los apuros que yo pasaba para no meterles mano a las alumnas mientras les enseñaba el jaleillo de las caderas, que es la alegría del flamenco. Pasaba muy malos ratos, porque las alumnas se equivocaban y se ponían a hacer el llamado molinete oriental, que, como todo el mundo sabe, no es flamenco, pero tiene lo suyo. Los turcos tienen dos clases de baile: el serio y el picante. El serio es el que se practica como espec-

táculo en grandes locales; el picante se baila sólo en la intimidad, en los cabarets pequeños y en las casas particulares. La turca baila una especie de rumba a base del meneo de los hombros y el juego de las caderas. En los cabarets se acerca bailando lentamente a la mesa donde está su amigo, y, poco a poco, va echando el busto hacia atrás, hasta que el amigo saca una moneda de plata y se la pone en el pecho. Ella entonces coge la moneda y se la tira a los músicos. En Constantinopla era costumbre tirar dinero a los músicos. Los «patosos» les tiraban también vasos y botellas. Les gustaba mucho romperles los instrumentos y pagárselos luego espléndidamente. Cuando la bailarina turca se iba pasito a paso hacia la mesa de un castizo éste se levantaba, cogía un pañuelo por las puntas y salía a bailar frente a ella, siguiendo el mismo ritmo. El hombre iba, poco a poco, avanzando, y la mujer se retiraba como asustada bailando siempre. Era una pantomima muy graciosa. Las bailarinas turcas llevaban desnuda la parte del vientre para que se viese la limpieza de los movimientos.

»En esto de las relaciones entre los hombres y las mujeres había mucha hipocresía, pero nada más. Para entenderse con ellas y ellos tenías que andar con muchos melindres. Las mujeres galantes hacían sus conquistas durante la tarde, en los parques públicos. Damas y caballeros galantes se entendían a lo lejos, sin hablarse, gracias a un complicado sistema de señales con la sombrilla, el bastón y el pañuelo.»

El cura del cornetín

A los pocos días de estar allí se declaró la guerra. Yo no me di cuenta de lo que era aquello hasta que los directores del teatro donde trabajábamos, que eran franceses, nos dijeron

que no podían pagarnos, que cerraban y que se iban. Fuimos a ver al cónsul de España. Como les pasa siempre a nuestros cónsules, no pudo hacer nada. Fui al puerto. No había más que tres barcos y eran millares los franceses que en un plazo de tres horas tenían que embarcar. No había plazas para mujeres. Después de muchas gestiones, el representante diplomático de Francia me consiguió un pasaje, pero lo rehusé porque no me querían dar otro para Sole. Los buques zarparon abarrotados. Llevaban gente hasta en los palos. Muchos franceses, sobre todo mujeres, se quedaron sin embarcar. Viendo cómo se alejaban los buques, aquellas pobres mujeres gritaban de dolor, se arañaban el rostro y se tiraban al suelo desesperadas. La guerra nos cogía de nuevas, y hacíamos muchos aspavientos. Después aprendimos a afrontar las cosas con más decencia. Yo estuve al borde del malecón viendo cómo se perdía la vista del último buque francés. En la popa, bajo la bandera tricolor, iba un cura francés, con su sotana y su teja, que cuando el buque soltó amarras sacó un cornetín e inflando los mofletes se puso a soplar *La Marsellesa*. Rojo, congestionado, estuvo soplándola mientras alcanzamos a verle y oírle.